

Domingo 27-B

Visita Parroquial

Our Lady of Good Counsel

6 de octubre de 2018

Queridos hermanos y hermanas en Cristo de la comunidad hispana:

La Visita Pastoral que estoy haciendo en esta bella parroquia ha sido un “auténtico tiempo de gracia y momento especial para un encuentro y diálogo con tantos fieles, Ustedes incluidos.

He visto el bien de los padres y de tantos grupos, movimientos y asociaciones. Me ha inspirado tanto y les agradezco a todos. Tuvieron lugar los encuentros con el Consejo Parroquial, el Consejo de Asuntos Económicos, los estudiantes de la escuela, los Catequistas y miembros de muchos grupos que expresan la vitalidad de la familia parroquial.

Los objetivos fundamentales de la Visita han sido la animación de la comunidad cristiana, dando gracias a la gente, felicitándola, animándola y estimulándola, en orden a una acción apostólica y misionera más intensa.

Y en esta misión para la comunidad hispana, puedo decir que estoy tanto contento con el trabajo de los padres escalabrianos y otros y de las hermanas carmelitas. Que riqueza de vida!

Mas que nunca estoy convencido que nuestra Iglesia crezca hacia la madurez como comunidad evangelizadora, de tal manera que sea luz y fermento de liberación integral.

Como siempre, hay los desafíos: seguir potenciando el compromiso real y práctico con las prioridades de la Arquidiócesis, seguir caminando hacia la conversión pastoral potenciando el encuentro con Jesús, crecer en el sentido de pertenencia a la Iglesia Diocesana, seguir potenciando la pastoral familiar, seguir fomentando la espiritualidad del discipulado y realizar una formación para comprender y actuar en el mundo de la política a la luz de la Doctrina Social de la Iglesia.

Lecturas de hoy

Ahora paso a las lecturas de este domingo. El evangelio nos presenta las palabras de Jesús sobre el matrimonio. A quien le preguntaba si era lícito al marido repudiar a su mujer, como preveía un precepto de la ley mosaica (cf. Dt 24, 1), Jesús responde que se trataba de una concesión hecha por Moisés por la “dureza del corazón”, mientras que la verdad del matrimonio se remontaba “al principio de la creación”, cuando “Dios los hizo hombre y mujer. Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su esposa y serán los dos una sola cosa.” (Mc 10, 6-7; cf. Gn 1, 27; 2, 24). Y Jesús añadió: “De modo que ya no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre” (Mc 10, 8-9).

Jesús, en esta reflexión sobre el matrimonio, nos remite al libro del Génesis, el capítulo 2, que hemos escuchado en nuestra primera lectura de hoy. Aquí aparece un admirable retrato de la pareja con detalles

luminosos. Elijamos sólo dos.

El primero es la inquietud del varón que busca «una ayuda recíproca» (vv. 18.20), capaz de resolver la soledad que le perturba y que no es aplacada por la cercanía de los animales y de todo lo creado.

Solo este encuentro con la mujer sana la soledad del hombre. De esta relación surgen la generación y la familia. Este es el segundo detalle que podemos destacar: Adán, junto con su mujer, da origen a una nueva familia, como repite Jesús citando el Génesis: «Se unirá a su mujer, y serán los dos una sola carne» (Mt 19,5; cf. Gn 2,24).

El verbo «unirse» indica una estrecha sintonía, una adhesión física e interior, hasta el punto que se utiliza para describir la unión con Dios: «Mi alma está unida a ti» (Sal 63,9), canta el salmista. Se evoca así la unión matrimonial no solamente en su dimensión sexual sino también en su donación voluntaria de amor.

El fruto de esta unión es «ser una sola carne», sea en el abrazo físico, sea en la unión de los corazones y de las vidas y, quizás, en el hijo que nacerá de los dos.¹

¹ Cfr. Francisco, *Amoris Laetitia*, 12-13.

Cristo renueva el plan que el Creador ha inscrito en el corazón del hombre y de la mujer, y en la celebración del sacramento del matrimonio ofrece un «corazón nuevo». De este modo los cónyuges pueden superar la «dureza de corazón», Están llamados a participar realmente en la indisolubilidad irrevocable, que une a Cristo con la Iglesia su esposa, amada por Él hasta el fin. El Señor no puede separarse de su Iglesia.²

Mi pensamiento se dirige a todos Ustedes, los esposos cristianos: juntamente con Ustedes doy gracias al Señor por el don del sacramento del matrimonio, y los exhorto a mantenerse fieles a su vocación en todas las etapas de la vida, "en las alegrías y en las tristezas, en la salud y en la enfermedad", como prometieron en el rito sacramental.

Ojalá que, conscientes de la gracia recibida, los esposos cristianos construyan una familia abierta a la vida y capaz de afrontar unida los numerosos y complejos desafíos de nuestro tiempo.³

Los cónyuges transmiten la vida a los nuevos seres humanos: se convierten en padres. Participan de la potencia creadora de Dios mismo. Pero, ¡atención! Dios es amor y se participa de su obra cuando se ama con Él y como Él.

Este mismo amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones

² Cfr. San Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 20.

³ Cfr. Benedicto (8 de octubre de 2006).

por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5, 5), como escribe san Pablo. Y este es también el amor donado a los esposos en el sacramento del matrimonio. Como es este amor de Dios que las parejas deben mostrar en su vida matrimonial?

Es un amor que comparte las alegrías y los dolores, los momentos serenos y los difíciles.

Es un amor que suscita el deseo de generar hijos, de esperarlos, acogerlos, criarlos, educarlos.

En el matrimonio la pareja vive el sentido de pertenecer por completo sólo a una persona. Los esposos asumen el desafío y el anhelo de envejecer juntos y así reflejan la fidelidad de Dios.

Esta firme decisión, que marca un estilo de vida, es una «exigencia interior del pacto de amor conyugal», porque, como ha dicho san Juan Pablo II, «quien no se decide a querer para siempre, es difícil que pueda amar de veras un solo día».

Al contrario, cada mañana, al levantarse, los esposos se vuelven a tomar ante Dios esta decisión de fidelidad, pase lo que pase a lo largo de la jornada. Y cada uno, cuando va a dormir, espera levantarse para continuar esta aventura, confiando en la ayuda del Señor. Así, cada cónyuge es para el otro signo e instrumento de la cercanía del Señor, que no nos deja solos: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del

mundo» (Mt 28,20).⁴

Conclusión

Jesús, María y José

en ustedes contemplamos

el esplendor del verdadero amor,

a ustedes, confiados, nos dirigimos.

Santa Familia de Nazaret,

haz también de nuestras familias

lugar de comunión y cenáculo de oración,

auténticas escuelas del Evangelio

y pequeñas iglesias domésticas.

Santa Familia de Nazaret,

que nunca más haya en las familias episodios

de violencia, de cerrazón y división;

que quien haya sido herido o escandalizado

sea pronto consolado y curado.

Santa Familia de Nazaret,

haz tomar conciencia a todos

del carácter sagrado e inviolable de la familia,

⁴ Cfr. Francisco, *Amoris Laetitia*, 319.

de su belleza en el proyecto de Dios.

Jesús, María y José,

escuchen, acojan nuestra súplica.

Amén.⁵

⁵ Cfr. Francisco, *Amoris Laetitia*, 325.